

riodística en diarios y semanarios de actualidad, donde la contradicción era para Borges una manera de burlarse de sus interlocutores, quienes con rara unanimidad parecían especializarse en la ignorancia de su obra.

Es la época del Borges que acaba de importar de España las tesis ultraístas prohijadas por Rafael Cansinos-Assens, el escritor judeo-español traductor de *Las mil y una noches*, convertido algún tiempo antes a la religión mosaica. *Georgie* redacta el manifiesto de esa corriente, se asocia con otros poetas jóvenes para editar y pegar en las paredes porteñas la revista mural *Prisma*. También es la época de sus caminatas por los suburbios de aquella ciudad que sólo había podido entrever desde la biblioteca de su casa de la calle Serrano.

Ahora los Borges se han mudado más al centro, pero continúan en Palermo, sobre la calle Bulnes, donde habrán de permanecer dos años. Pero *Georgie* camina, indaga los atardeceres, descubre la belleza del paisaje suburbano, salpicado de baldíos y casitas modestas pintadas a la cal, y se detiene ante las rojizas caídas del sol al fondo de las calles de barrio donde a pocas leguas aparecerá el horizonte como presagio de la pampa cercana. Descubre almacenes rosados, cercas de cina-cina y tapias celestes sobre las que asoman ramas de higuera. Busca descubrir a aquellos guapos y compadres con los que soñaba en su infancia e indaga sus historias en sórdidos bodegones atiborrados de humo y copas de caña de durazno o grappa golpeadora, especial para soltar la lengua en anécdotas rigurosas o apócrifas.

Borges prepara un libro que llevará el título más adecuado a sus entusiasmos del momento: *Fervor de Buenos Aires*. Bosqueja notas y hasta escribe una suerte de resumen en prosa, en el que se encuentran cada uno de los temas que habrá de ampliar o sintetizar en sus versos. Esos borradores, desbordados de datos y de temas, habrán de ser publicados en 1925, en las páginas de *Inquisiciones*, volumen de prosa titubeante, agobiada de color local, que Borges prohibiría —con razón— incluir en su obra completa, tal como haría, siguiendo el mismo criterio, con las páginas de *El tamaño de mi esperanza* y *El idioma de los argentinos*, volúmenes que hoy sólo sirven para placer de bibliófilos y curiosidad de investigadores.

Pero en este caso, creo no contradecir demasiado la voluntad del autor al transcribir unos pocos fragmentos del capítulo «Buenos Aires», de *Inquisiciones*, porque hacen justamente a la tesis de este trabajo: Borges desde sus comienzos estableció las líneas en las que habría de basarse la totalidad de su obra, al menos la referida a su amor a la ciudad en la que había nacido el 24 de agosto de 1899.

Anota *Georgie* en los jóvenes borradores de 1921: «Ni de mañana ni en la nocturnidad ni en la noche vemos de veras la ciudad. La mañana es una prepotencia de azul, un asombro veloz y numeroso atravesando el cielo, un cristalear y un despilfarro manirroto de sol amontonándose en las plazas, quebrando con ficticia lapidación los espejos y bajando por los aljibes insinuaciones largas de luz. El día es campo de nuestros empeños o de nuestra desidia, y en su tablero de siempre sólo ellos caben. La noche es el milagro trunco: la culminación de los macilentos faroles y el tiempo

que en la objetividad palpable se hace menos insolente y menos maciza. La madrugada es una cosa infame y rastrera, pues encubre la gran conjuración tramada para poner en pie todo aquello que fracasó diez horas antes y va alineando calles, decapitando luces y repintando colores por los idénticos lugares de la tarde anterior hasta que nosotros —ya con la ciudad al cuello y el día abismal unciendo nuestros hombros— tenemos que rendimos a la desatinada plenitud de su triunfo y resignarnos a que nos remachen un día más en el alma.» Para detallar más adelante: «A despecho de la humillación transitoria que logran infligirnos algunos eminentes edificios, la visión total de Buenos Aires nada tiene de enhiesta. No es Buenos Aires una ciudad izada y ascendente que inquieta la divina limpidez con éxtasis de asiduas torres o con chusma brumosa de chimeneas atareadas. Es más bien un trasunto de la planicie que la ciñe, cuya derechura rendida tiene continuación en la rectitud de calles y casas. Las líneas horizontales vencen las verticales. Las perspectivas demoradas de uno o dos pisos, enfiladas y confrontándose a lo largo de leguas de asfalto y piedra son demasiado fáciles para no parecer inverosímiles.» Y concluye: «Casas de Buenos Aires, con azoteas de baldosa colorada o de cinc, desprovistas de torres excepcionales y de briosos aleros, comparables a pájaros mansos con las alas cortadas. Calles de Buenos Aires profundizadas por el transitorio organillo que es la vehemente publicidad de las almas, calles deleitables y dulces en la degustación del recuerdo, largas como la espera, calles donde camina la esperanza que es la memoria de lo que vendrá, calles enclavadas y firmes tan para siempre en mi querer. Calles que silenciosamente se avienen con la noble tristeza de ser criollo. Calles y casas de la patria. Ojalá en su ancha intimidad vivan mis días venideros.» *Fervor de Buenos Aires* se abre con dos versos que constituyen una profesión de fe: *Las calles de Buenos Aires / ya son la entraña de mi alma.* Y detalla: *No las calles enérgicas / molestadas de prisas y ajetreos, / sino la dulce calle del arrabal / enternecida de árboles y ocaso.* Y concluye: *Hacia los cuatro puntos cardinales / se han desplegado como banderas las calles; / ojalá en mis versos enhiestos / vuelen esas banderas.* En el resto del libro la ciudad sostiene su protagonismo: Borges habla del cementerio de La Recoleta, *el lugar en que han de enterrarme*, según sostuvo en errónea profecía; de una calle desconocida del arrabal; del Jardín Botánico; de la Plaza San Martín; menciona un juego de cartas típico de la región del Río de la Plata: el truco, para el que se utiliza la tradicional baraja española; menciona el «Barrio reconquistado» (donde) *nos echamos a caminar por las calles / como por una recuperada heredad...* Define: *La ciudad está en mí como un poema / que no he logrado detener en palabras.* Idea que lo acompañará a lo largo de los años e inclusive lo impulsará a fraguar hasta una fundación imaginaria que sirva de soporte, de escenografía, al cúmulo de versos que supone deberá escribir hasta aproximarse a la traducción verbal de la ciudad que acaba de recobrar y que intuye repleta de misterios, historias, sabores y olores peculiares. Y se pregunta *¿Para qué esta porfía / de clavar con dolor un claro verso / de pie como una lanza sobre el tiempo / si mi calle, mi casa / desdeñosas de símbolos verbales, / me gritarán su*

*novedad mañana?* Todo *Fervor de Buenos Aires* implica la descripción del laberinto múltiple de pasos (según un verso de 1943). Pasos seguramente titubeantes que debió dar aquel muchacho recién llegado de Europa en busca no ya del tiempo perdido, sino de la comprobación de aquellas percepciones que lo acribillaron a partir de su retorno al país. Por ello escribe convencido: *Esta ciudad que yo creí mi pasado / es mi porvenir, mi presente*. Y hasta descubre la inmensidad de la llanura en la sencillez de un patio: *Cuando entré no la vi. / Estaba acurrucada / en lo profundo de una brusca guitarra. / Sólo se reveló / al entrever la diestra las cuerdas*. Y allí descubrió la pampa, el único lugar de la tierra / donde puede caminar Dios a sus anchas.

¿Pero de qué ciudad habla Borges en su primer libro? Había regresado en busca de aquel Palermo que sólo pudo entrever a través de las rejas del jardín, poblado de guapos, organitos, tangos bailados entre hombres, cuchilleros que a causa de algún duelo han dejado sus despojos sobre las piedras de una esquina apenas alumbrada por un farol a gas, una ciudad que suponía habitada por compadritos y matones, y se encuentra con una metrópoli desbordada, con altos edificios grises, adecuados a los tonos discretos de una clase media que tímidamente comienza a copiar las pautas de vida de la oligarquía que ha manejado el país hasta el aluvión de votos que acompañó al radicalismo de 1916. Borges deja una ciudad repleta de recuerdos infantiles y vuelve como abanderado de la vanguardia; ni siquiera una vanguardia estética restallante, como el dadaísmo o el surrealismo que arrasaban con la nueva Europa de posguerra, o hasta el itálico y caricaturesco futurismo de Marinetti admirado por los fascistas nativos, sino una vanguardia de segunda línea, el magro ultraísmo surgido en medio de la pobreza intelectual de la España derrotada en el 98, donde los valores eran individualidades: Ortega y Gasset, Valle Inclán, Unamuno o Antonio Machado, quienes tampoco contaban con el beneplácito unánime de la sociedad hispana, como lo prueba el pronto destierro que habrá de sufrir el mismo Unamuno por su oposición a la dictadura de Primo de Rivera. Un mundo intelectual donde sólo al arribo de la generación del 27 podrá hablarse seriamente de grupos o tendencias organizadas. Por lo tanto, Borges llega a Buenos Aires con un pobre basamento teórico y —como era de esperar— comienza a dejar de ser ultraísta en el mismo momento en que se encuentra con una ciudad transformada, pujante, dominada por una clase media que pugna por ser culta. Una ciudad frívola, con sentido del humor, desesperada por recibir visitantes notables, deslumbrada por el cine, sorprendida por el auge internacional del tango, y encandilada por París. Justamente, Borges, que acaba de regresar de Europa, y que muy pronto viajará por segunda vez al viejo mundo, es uno de los pocos intelectuales jóvenes que no vive hipnotizado por la capital francesa y en lugar de las losas de Notre Dame prefiere el paisaje de las callecitas del suburbio, los patios con aljibe y las historias de antiguas hazañas de valientes capaces de enfrentar a una patota peleando espalda contra espalda para cuidar la retaguardia del compañero. Es la época en que algunos jóvenes poetas cantan al automóvil, al cinematógrafo, a los edificios de varios pisos, a la modernidad de una ciudad donde